

UN SEPULCRO ROMÁNTICO EN TEPIC

P O R

EUGENIO NORIEGA ROBLES

EXISTE en el Panteón Civil de Tepic uno de los más hermosos ejemplos de escultura “romántica y a la vez neoclásica”¹ en México: el suntuoso sepulcro de la familia Fletes.

De las cuatro personas ahí sepultadas, la más conocida es la de don Amado Fletes, quien vivió en la ciudad de Tepic, en la segunda mitad del siglo XIX. Fue un industrial acomodado y filántropo y a quien la ciudad debió no pocos beneficios, como fueron la donación que le hizo de dos fincas, la una conocida como casa “FLETES”, con un buen terreno que limitan las calles de Abasolo, Ures y Av. Juárez, y la otra fue la casa donde tuvo su negocio, sita en la esquina S. O. de las calles de Veracruz e Hidalgo, frente al antiguo Teatro, hoy cine, “Amado Nervo”. Regaló asimismo \$ 20,000.00 para la sala de maternidad del Hospital Civil, a más de innumerables donaciones en efectivo y costas que cubrió al realizar por su cuenta arreglos y mejoras a diversos establecimientos, entre ellos el reparar la iglesia del Panteón, donde ahora reposan sus restos y precisamente a la sombra del mismo templo.

Parecía que los relieves del sepulcro se referían a esas acciones benéficas. Sin embargo había una duda: don Amado murió en Tepic, el 17 de mayo de 1899; por lo tanto, era de suponer que el monumento funerario se había hecho algún tiempo después, es decir a principios de este siglo. No obstante, el sepulcro acusa una fecha muy anterior: me-

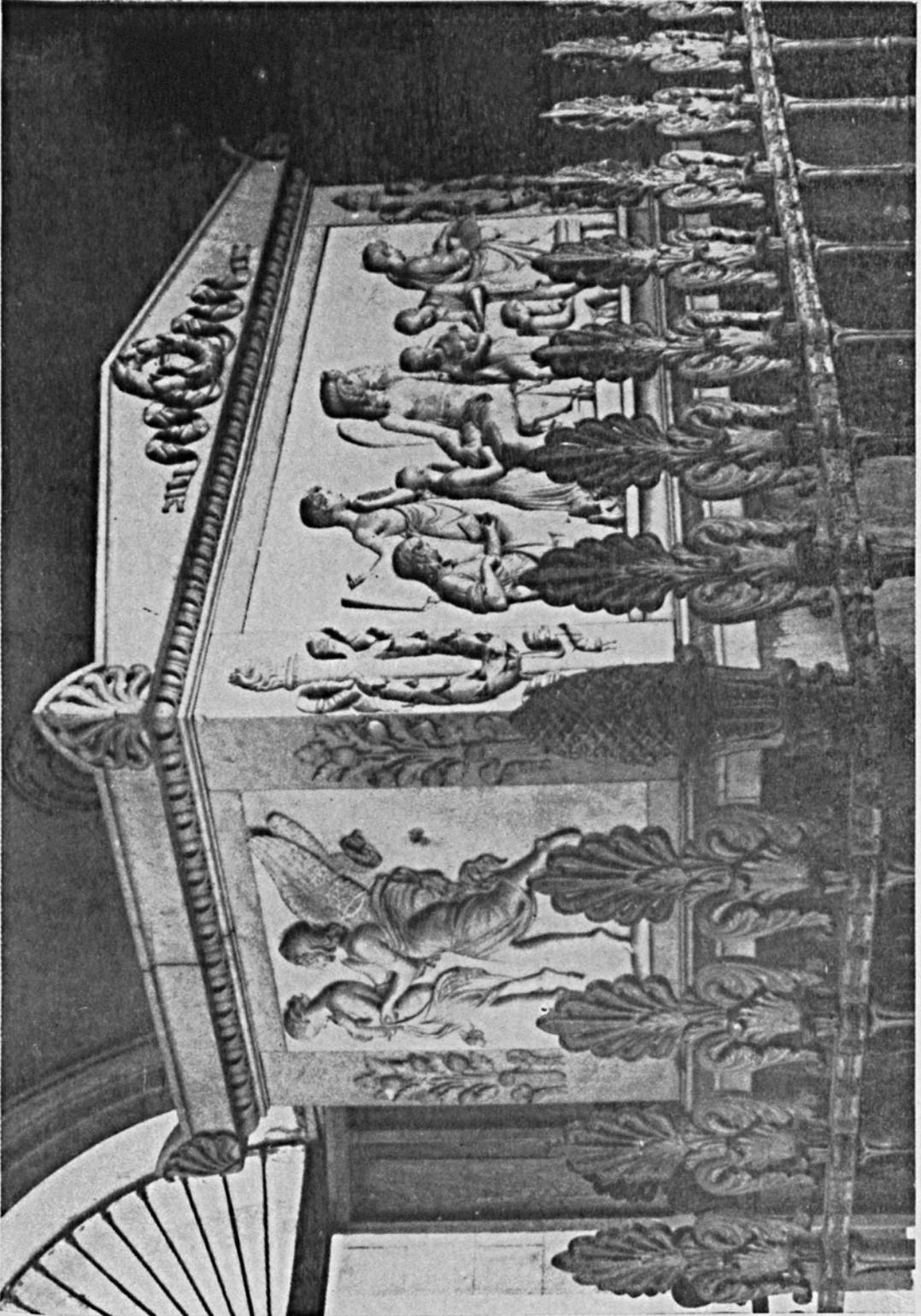
¹ De la Maza, Francisco. *Escultura romántica*. En *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. Nº 28, pp. 48-52.

diados del siglo XIX. La duda se desvaneció al consultar dos fuentes: primero unos apuntes, parcialmente publicados, que sobre la iglesia del Panteón me obsequió don Juan C. Melendres y segundo un periódico tepiqueño de fines de siglo. En los primeros dice refiriéndose al monumento sepulcral: "...representando los bajorrelieves, un hospital y una escuela que fundó don Ignacio en Cocula (Jalisco) y en el Rosario (Sinaloa)..." Entonces los relieves no representan las obras de don Amado, sino las de su padre don Ignacio Fletes, que nació en Cocula (Jalisco), en 1784 y murió en Tepic en 1847. La otra fuente consultada fue el *Lucifer*, bisemanario que se publicaba en Tepic en la última década del siglo pasado y primeros años del presente. En su número 787 de fecha 18 de mayo de 1899, al dar y comentar la triste noticia de la muerte de don Amado dice: "El hermosísimo y artístico monumento de la familia Fletes tenía un puesto vacío para albergar al que hoy se aleja de la vida..."

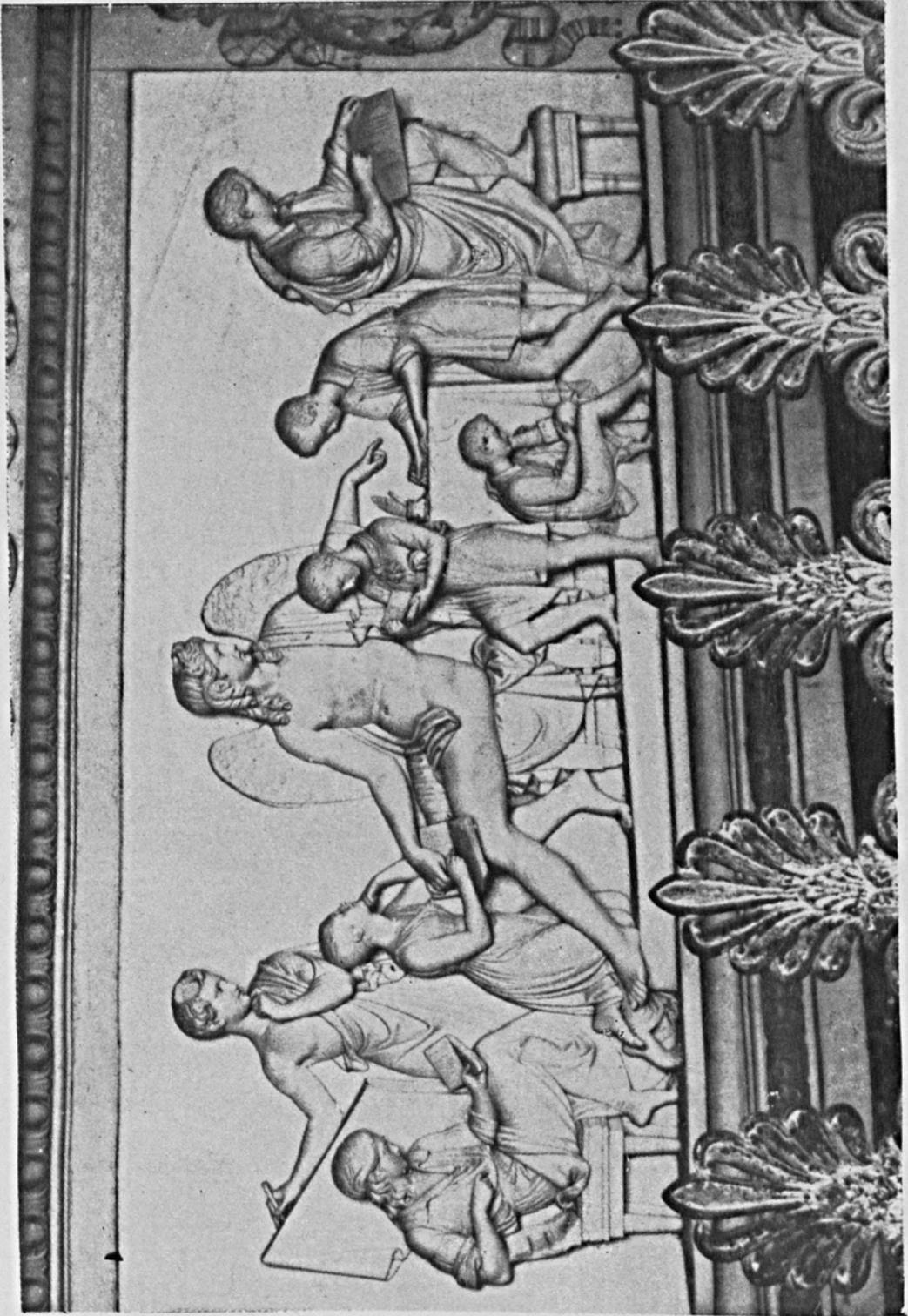
Tenemos pues que el "hermosísimo y artístico monumento" existía ya en 1899; que los relieves se refieren a obras realizadas por don Ignacio Fletes y que éste murió en 1847. Luego no hay duda: el sepulcro se hizo a mediados del siglo XIX, en Italia, unos años después de la muerte del jefe de la familia.

El espléndido monumento se encerró en una pieza adosada al lado izquierdo del templo, pieza que debe haberse construido en la época en que se colocó el sepulcro. Tres arcos de medio punto, neoclásicos, por supuesto, permiten el acceso e iluminan la sala. Actualmente —y merece felicitaciones por ello— el Ayuntamiento de Tepic, protegió con un buen enrejado, esas entradas, evitando de este modo que los vagos e incultos sigan mutilando las figuras, al mismo tiempo que esas rejas no impiden ver el monumento desde afuera.

Hecho en mármol de Carrara, desde luego se advierte su factura europea. Da la impresión de un antiguo sarcófago greco-romano. En sus cuatro caras o paredes se encuentran relieves que recuerdan los antiguos sepulcros tanto greco-romanos como paleo-cristianos. En las caras laterales se recuerdan las dos obras principales que don Ignacio Fletes dejó en su patria chica; en la cabecera y en los pies alusiones a la muerte y a la vida eterna. Dos hermosos y sencillos frontones triangulares rematan las caras laterales. En sus tímpanos una vigorosa corona como marmórea e inmarcesible ofrenda nos recuerda la paz deseada a los muertos y la caridad que animó su vida, pues el olivo simboliza tanto la paz, como la caridad.



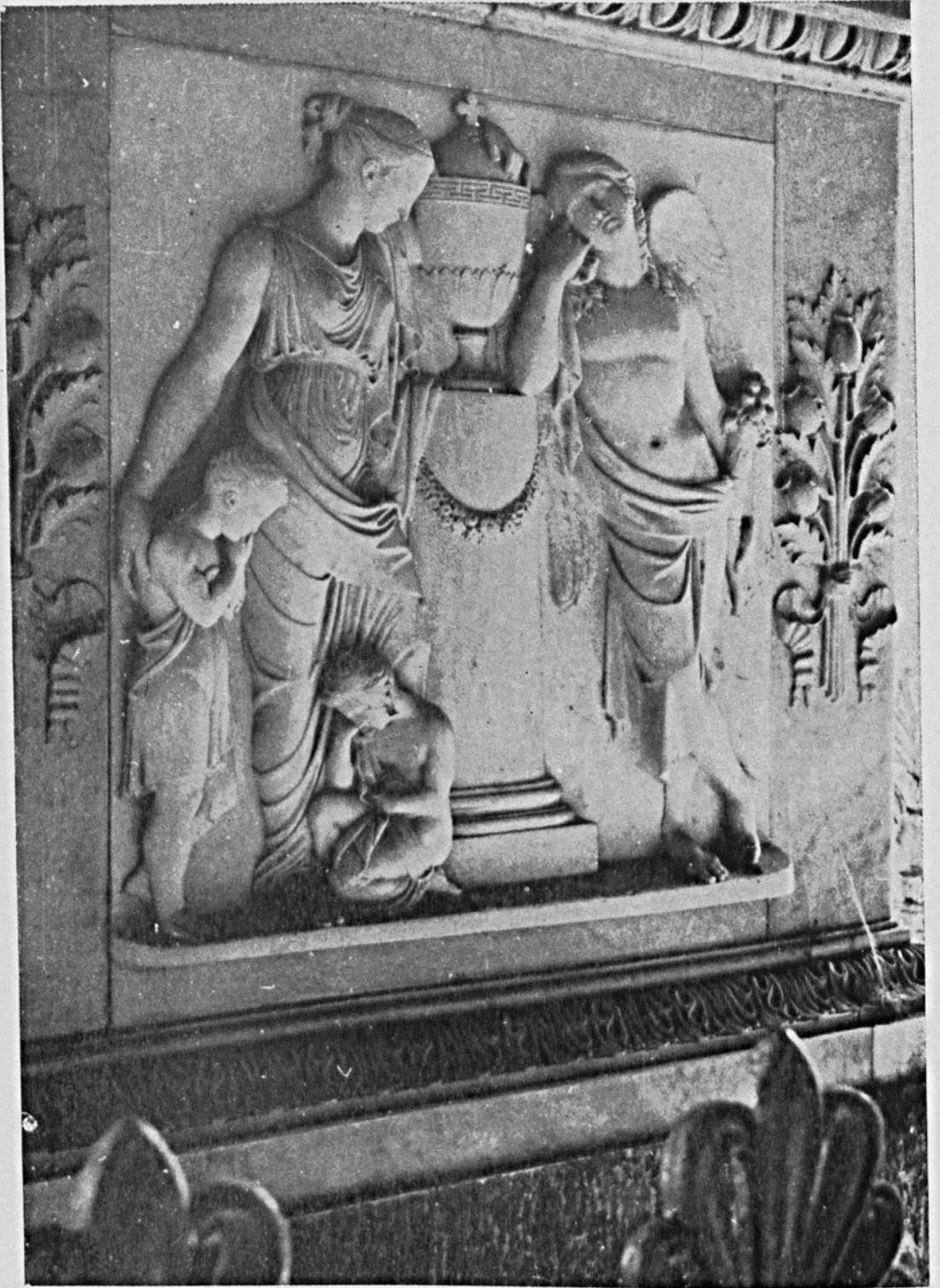
1. Sepulcro de la familia Fletes. Tepic, Nayarit.



2. El Genio del Bien enseña a leer y escribir.



3. Alegoría sobre las obras benéficas de don Ignacio Fletes.



4. Alegoría sobre el fin de la vida.

Los ángulos rematan en acróteras, figuras éstas tan gustadas por los griegos para decorar los templos y los sepulcros. Enmarcan las escenas dos antorchas en las que se entrelazan coronas de olivo. En el paño del este, las figuras representan una escuela, la que fundó don Ignacio en el Rosario (Sinaloa). Sobre el paño liso en el que no se ve ningún elemento arquitectónico o siquiera unas líneas que den idea de un recinto, varios niños y jóvenes de ambos sexos aprenden, guiados por el Genio del Bien, alado personaje andrógino que muestra su hermosa desnudez, cubriendo públicamente con un elegante pliegue de su capa, "el lugar de su sexo inexistente".² La rizada cabellera que enmarca la oreja, cae sobre sus hombros. Los educandos visten unos peculiares jitones cortos con mangas y algunos llevan el himatión. La doncella que se arrodilla junto al Genio y a la que éste parece abandonar momentáneamente para atender a otro de los pupilos, viste el peplo. Unos leen y otros escriben con sus estiletos (stylos) sobre tablillas enceradas.

La escena opuesta a la anterior, es decir la que mira al oeste, patentiza otra de las obras benéficas del muerto: el hospital que fundó en Cocula. Aquí se presenta al difunto como un elegante joven imberbe con cabello rizado y corto; viste también el jitón corto con mangas, el himatión o capa larga de lana, casi embozada y lleva las "calzas de invierno". Su mano derecha acerca un tazón a una enferma que se levanta sobre su lecho ayudada por una matrona. Al fondo una joven dama, cubierta con manto y en actitud de súplica, mira al joven benefactor. Una mujer se abraza a su pierna derecha a la que besa con gratitud. Del otro lado, a la derecha de la figura central y principal, un anciano venerable acerca a un niño que dulce y graciosamente besa la mano izquierda del bienhechor. Atrás de ellos, en otro grupo, una enferma que parece bendecir al filántropo; un joven, indolentemente, lo señala. En este, como en los demás relieves, los ejes simétricos son estupendos. Hay que hacer notar que las dos figuras principales, el Genio del Bien y el mancebo que representa al señor Fletes, son de tamaño mayor que los personajes que los rodean, indicando con ello su importancia y significación.

En la cabecera y flanqueada por ramos de capullos, la escena es de una gravedad y tristeza sublimes. La urna cineraria, rematada por una crucecilla, se sienta en una columna trunca adornada en su medio fuste con una guirnalda de flores. Una matrona se abraza al vaso mortuario y

² De la Maza, Francisco, *op. cit.*, p. 51.

recarga tiernamente sobre él su hermosa y digna cabeza. Su mano derecha arrima a sí dulcemente a un niño que con toda unción y respeto parece acercarse. Un segundo niño, casi desnudo, se acurruca a los pies de la dama vestida con peplo e himación. Del otro lado, el Genio del Bien, llevando el cuerno de la abundancia, se recarga sobre la columna. Su rostro revela una tristeza profunda. Es esta figura muy parecida a la del sepulcro de la familia Gutiérrez de Estrada, en Mérida.³ También con indolencia cruza sus piernas pero, más púdico, casi cubre la mitad de su cuerpo en la clámide o capa corta. Contrastando con la tristeza y símbolo de muerte de esta escena, la opuesta a ella nos habla de vida eterna. Dulce esperanza del cristiano, pues como dice el Oficio de Difuntos, “al contristarnos la cierta condición de que hemos de morir nos consuela la promesa de la futura inmortalidad”. Aquí un ángel, o quizá el mismo Genio, conduce el alma del difunto, representada por una joven que cubre su desnudo pecho con sus brazos sobre él y se envuelve delicadamente en ligero manto. El alado conductor parece abandonar presto la tierra, la “terrena morada”, para llevar su preciosa carga a adquirir la “eterna habitación”. No hace ningún esfuerzo en levantar el alma y fija su mirada hacia arriba como esperando la aprobación por su acto. Deliciosa mezcla de costumbres clásicas con cristianas.

Todo el monumento lo cerca una buena reja en hierro colado, también del siglo XIX, que remata sus barrotes con palmetas estilizadas que hacen buen complemento al conjunto.

Cuántos sepulcros hermosos como éstos habrán sido destruídos al “modernizar” templos y panteones y cuántos más estarán en el olvido esperando que algún observador los descubra y los dé a conocer.

“Menos mal —como dice Francisco de la Maza— que la burguesía criolla de la primera mitad del siglo XIX distraía sus caudales en dejarnos obras de arte como éstas.”⁴

³ De la Maza, *op. cit.*, láminas 7 y 8.

⁴ *Op. cit.*, p. 51.